

El futuro del norte de África

George Joffé

PROFESOR DE RELACIONES INTERNACIONALES DE ORIENTE MEDIO Y NORTE DE ÁFRICA EN EL DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS POLÍTICOS E INTERNACIONALES DE LA UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE.

A

UNQUE LAS CRISIS DE TÚNEZ Y Egipto distan mucho de estar resueltas, ya es posible extraer algunas conclusiones de lo sucedido. Dichas conclusiones sólo pueden ser provisionales, porque no sabemos cómo evolucionarán los acontecimientos y

cuáles serán los desenlaces. No obstante, ya resulta claro que la multitudinaria presión popular ha demostrado que las autocracias liberales del mundo árabe son unas estructuras vacías y vulnerables en un grado insospechado, debido al comporta-

miento de unos dirigentes autocráticos y corruptos que a menudo se han enajenado a sus poblaciones y también a los cruciales instrumentos del poder estatal (los ejércitos, las fuerzas de seguridad). ¿De qué otro modo podemos explicar, no sólo el derrumbe de los regímenes de Ben Ali y Mubarak, sino también la presión en favor del cambio en Jordania y Yemen?

Aunque las actuales crisis empezaron con protestas multitudinarias contra la escalada de

los precios de los alimentos y el coste de la vida, la cuestión que llevó al desafío político fue la furia popular ante la falta de respeto y el desprecio con que los regímenes han tratado a sus poblaciones. La *hoghra* (arrogancia), junto con la enorme corrupción imperante, ha transformado las preocupaciones económicas por el coste de la vida en exigencias políticas sobre la gobernanza. Y es el modo en que los regímenes han manejado

Las crisis empezaron con las protestas contra la escalada del coste de la vida, pero el desafío político llegó por el desprecio con el que los gobernantes han tratado a sus poblaciones

esas cuestiones y la pérdida de confianza en ellos de ejércitos y fuerzas de seguridad lo que decidirá si la revolución tunecina actúa o no como catalizador de las irresistibles demandas populares de cambio político.

En algunos países (Irán, Túnez, Egipto, Argelia y Yemen, por ejemplo), la arrogancia del régimen ha sido aguda y descarada; en otros, no. Así, en Marruecos y Jordania, las monarquías conservan legitimidad popular y respaldo institucional; sobre todo, por parte del ejército y las fuerzas de seguridad. En consecuencia, han sido capaces de sortear la tormenta, por más que el rey Abdalá se haya visto obligado a conceder un cambio de gobierno, en gran medida porque

Nota. Este artículo fue publicado en "La Vanguardia" el día 5 de febrero de 2011.

pasó por alto una pobre gobernanza política en la equivocada creencia de que el cambio económico daría lugar a una evolución política. Marruecos, por su parte, aceptó hace tiempo la importancia de una buena gobernanza y del respeto de los derechos humanos, aunque el rey se muestra cada vez más impaciente con la política parlamentaria.

La fuerza de las manifestaciones ha sido impresionante; expulsó al presidente Ben Ali a las pocas horas de que el ejército dejara claro que no dispararía contra los manifestantes y tardó tres días en forzar al dirigente egipcio a la humillante admisión de que también dejaría el poder, aunque según un plazo decidido por él mismo. En cambio, los manifestantes no han sido capaces de articular alternativas claras; y esta debilidad en relación con un propósito y una organización coherentes ha introducido la segunda etapa de la crisis en cada país.

En Túnez hubo coherencia en la organización de las manifestaciones a través de las secciones locales de los sindicatos, los abogados y los grupos de derechos humanos, pero las fuerzas opositoras siguen sin tener un programa claro sobre el futuro.

El resultado es que, en ambos países, los núcleos duros del régimen aún están luchando por conservar el poder. El RCD tunecino intenta aprovecharse de las diferencias entre quienes

desean la construcción de nuevas instituciones políticas y quienes buscan la normalidad y la estabilidad mediante un compromiso. Aunque se ve obligado a deshacerse poco a poco de las desacreditadas figuras del régimen de Ben Ali, no cesa en sus esfuerzos por guiar la situación con la esperanza de verse reivindicado en las próximas elecciones. En Egipto, el ejército, que busca la estabilidad por encima de todo, se ha erigido en mediador entre la exigencia popular de cambio y el intento del régimen de Mubarak –que se vio también brevemente y sin éxito en Túnez– de fomentar el caos para ilustrar las virtudes del régimen de seguridad. Omar Suleiman, nuevo vicepresidente y supuesto sucesor de Mubarak, apunta hacia la continuidad, aun al precio de una liberalización cosmética.

Esta ausencia de proyecto político pone de relieve dos preocupaciones: una es que la revolución pueda ser capturada por un movimiento político organizado, como ocurrió en Irán en 1979, y la otra que la tan ponderada importancia de los “nuevos medios de comunicación” ha sido muy sobrestimada. Facebook, Twitter, móviles y Al Yazira han facilitado enormemente los flujos de información y han estimulado la participación popular. Sin embargo, en Egipto, esos medios fueron inutilizados durante tres días y las manifestaciones no se detuvieron porque el boca a boca sigue siendo el

La fuerza de las revueltas ha sido impresionante, pero los sublevados no han sido capaces de articular alternativas claras, y esta incoherencia ha introducido una segunda etapa de la crisis en cada país

medio de comunicación más eficaz. En realidad, algunos sostienen que los “nuevos medios” constituyen una amenaza potencial para la expresión popular porque también pueden proporcionar medios para generar información sobre la protesta susceptible de ser utilizada contra los opositores.

La cuestión del papel que ha desempeñado y desempeñarán los movimientos islamistas es de crucial importancia. Como movimientos, no han tenido ningún papel en la organización de las manifestaciones, si bien sus miembros han participado en ellas. También es evidente, tanto en Egipto como en Túnez, que esos movimientos han hecho un extraordinario esfuerzo para subrayar su deseo de participar en un futuro democrático junto con otras corrientes políticas. Tampoco poseen el tipo de respaldo dominante que puede hacer posible el programa alternativo de un Estado islámico.

En realidad, los movimientos islamistas moderados de Marruecos y Jordania reflejan ese compromiso con un programa político pluralista, mientras que en Arabia Saudí el rey Abdulá intenta llevar a cabo una cauta pero decidida liberalización frente a la arraigada oposición de los ulemas.

Ello tiene, claro está, profundas implicaciones para los supuestos que rigen la actuación de los gobiernos regionales y actores externos como la Unión Europea, los estados europeos individuales y Estados Unidos. Todos ellos han sostenido desde el año 2001 que tras el islam político se oculta el islam extremista transnacional y que tolerar el primero es aceptar el segundo, con todas las consecuencias en cuanto a efectos indirectos en Oriente Medio y el norte de África. Ésa ha sido también la justificación implícita para la aceptación occidental de las autocracias liberales de la región durante décadas: la estabilidad, aunque fuera a costa de la representación democrática, al margen de cualquier valor normativo.

Sin embargo, las experiencias tunecina y egipcia, como la argelina de 1988, no parecen confirmar esa argumentación. Al contrario, sugieren que la exigencia popular en Oriente Medio y el norte de África está preocupada de un modo sincero por la participación democrática y el respeto por el individuo, en línea precisamente con los valores normativos occidentales. El islam condiciona, por supuesto, el entorno social y cultural; pero no es la elección política popular automática, como insiste la retóri-

ca oficial europea y estadounidense. Y si el islam político sí fuera la elección popular, ¿cómo podría ser objetado si deseamos respetar la elección democrática? En realidad, la mayoría de los movimientos políticos islámicos moderados se muestran más preocupados por la reforma democrática que por la rectitud moral, como evidencian los ejemplos de Marruecos y Túnez. De modo reciente, los cada vez más complejos movimientos que encarna el islam político moderado han rechazado el extremismo y han adoptado posiciones que aceptan los resultados democráticos.

Dados los valores normativos abrazados por la Unión Europea y los estados europeos, así como los objetivos estadounidenses tal como fueron enunciados en El Cairo por Condoleezza Rice en junio de 2005 y por Obama en junio de 2009, cabría haber supuesto que las recientes revoluciones de Túnez y Egipto serían recibidas con los brazos abiertos. Por desgracia no ha sido así, ni es probable que vaya a serlo. Aunque Europa y Estados respaldarán cautamente la liberalización política porque no pueden aparecer como opuestos a ella sin perder credibilidad en la región, su objetivo primordial será recuperar cuanto antes la estabilidad al precio que sea. Es probable que ambos respalden un movimiento político hegemónico modificado en Túnez y un régimen respaldado por el ejército en Egipto, capaces uno y otro de garantizar la continuidad y estabilidad políticas.

Hay dos razones principales para ello. La primera es que Europa y Estados Unidos temen las implicaciones del islam político por la falsa vinculación de todos los aspectos del islam político con la violencia extremista y transnacional. El discurso público en los medios estadounidenses es muy claro en este sentido; y las conversaciones privadas en el seno de la Comisión Europea han subrayado que es una causa mayor de vacilación a la hora de aceptar los recientes acontecimientos de Oriente Medio y el norte de África. Ello, unido a la persistente creencia en la “excepción árabe” (una supuesta incapacidad del mundo árabe para manejar las complejidades de la democracia), refleja la profunda cautela que tiñe en este momento todas las reacciones oficiales en Europa y Estados Unidos. A ello se suma un temor bastante equivocado de que el cambio democrático en Túnez y Egipto desencadenará un resurgir de la inestabilidad por toda la región cuando otras poblaciones intenten emular sus experiencias.





La segunda razón está relacionada con los objetivos de las políticas estadounidenses en Oriente Medio, respaldadas en la práctica por los estados europeos y la Comisión Europea por su actual compromiso con la “relación atlántica”. Egipto ha sido aquí un componente clave en las políticas relacionadas tanto con las preocupaciones de seguridad israelíes y los objetivos nucleares de Irán como con el supuesto desafío de esta república islámica a los estados moderados de la región. El grado de justificación de esos temores dependerá del desenlace de los procesos políticos en curso en Túnez y

Egipto. Pero si, como parece probable, en Egipto surge un régimen respaldado por el ejército, éste tendrá interés en mantener los objetivos de la política estadounidense. La única política que tendrá que abandonarse, para satisfacer las exigencias internas, es el intolerable bloqueo de la Franja de Gaza. Hace ya tiempo que ha demostrado ser inviable y será todo un alivio en Bruselas y Washington, incluso en Tel Aviv, que haya aparecido la oportunidad de enterrar una política ineficaz y moralmente ofensiva que todos saben que nunca deberían haber respaldado.